

# Espacialización de la violencia como fundamento de la inteligibilidad del Estado

 **Carlos Andrés Escobar Moyano.**

Candidato a doctor en Geografía, Universidad Nacional Autónoma (UNAM) de México, Ciudad de México, México.  
Sociólogo y magíster en Geografía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.  
Correo electrónico: caraescobarmoy@gmail.com

**Recibido:** 29 de junio de 2024. | **Aprobado:** 27 de septiembre de 2024. | **Publicado:** 26 de diciembre de 2024.

## Cómo citar este artículo:

Escobar, C. (2024). Espacialización de la violencia como fundamento de la inteligibilidad del Estado. *Revista Ciudades, Estados y Política*, 11(2), 109-132. 10.15446/rcep.v11n2.115421

## Resumen

Este artículo propone que la violencia urbana no es solo una consecuencia de la guerra, sino también el resultado de la producción del espacio urbano y la forma en que el Estado se hace comprensible en la ciudad. La violencia en las ciudades se entiende como una estructura en la que interactúan procesos materiales y simbólicos que configuran la espacialidad urbana. Se argumenta que el Estado desempeña un papel fundamental en la reproducción del orden dominante a través de la producción fragmentaria del espacio, lo cual se refleja en la distribución desigual de infraestructuras sociales y en el poder coercitivo ejercido por los actores en conflicto. El objetivo es establecer la relación entre la espacialización de la violencia y la inteligibilidad del Estado, aspectos esenciales para la reproducción del poder estatal y del capital en el ámbito urbano. Se retoman nociones sobre categorías como la violencia, la producción del espacio y el papel del Estado desde una perspectiva espacial. Esta revisión de literatura construye un andamiaje teórico-metodológico sobre la espacialización de la violencia, lo que permite comprender los mecanismos que el Estado utiliza para hacerse comprensible en la ciudad. La reflexión presentada ofrece una alternativa para analizar el despliegue espacial del Estado en su dimensión urbana, proporcionando claves metodológicas para entender este fenómeno en ciudades latinoamericanas, especialmente en el contexto colombiano.

**Palabras clave:** violencia, producción del espacio, Estado, desigualdad, fragmentación territorial.

*Nota del autor.* Este artículo de reflexión es producto de la propuesta teórico-metodológica desarrollada en la investigación doctoral en Geografía, llevada a cabo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Creative Commons Atribución  
No comercial - Compartir igual (CC  
BY-NC-SA 4.0).



El autor ha declarado que no existe conflicto de intereses.

## **Spatialization of Violence as a Foundation for the Intelligibility of the State**

### **Abstract**

This article argues that urban violence is not merely a consequence of war but also a result of the production of urban space and the State's intelligibility within the city. Urban violence is conceptualized as a framework in which material and symbolic processes interact to shape urban spatiality. The State plays a crucial role in the reproduction of the dominant order through the fragmented production of space, which is reflected in the unequal distribution of social infrastructures and the coercive power exercised by conflict actors. The aim is to explore the relationship between the spatialization of violence and the State's intelligibility, which are essential for reproducing state power and capital in urban settings. The analysis draws on concepts such as violence, space production, and the State's role from a spatial perspective. This literary review builds a theoretical and methodological framework on the spatialization of violence, enabling an understanding of the mechanisms through which the State becomes intelligible in the urban environment. The reflection presented offers an alternative approach to examining the spatial deployment of the State in its urban dimension, providing methodological insights for understanding this phenomenon in Latin American cities, particularly within the Colombian context.

**Keywords:** violence, production of space, State, inequality, territorial fragmentation.

## Espacialização da Violência como Fundamento da Inteligibilidade do Estado

### Resumo

Este artigo propõe que a violência urbana não é apenas uma consequência da guerra, mas também resultado da produção do espaço urbano e da inteligibilidade do Estado na cidade. A violência nas cidades é entendida como uma estrutura onde interagem processos materiais e simbólicos que configuram a espacialidade urbana. Argumenta-se que o Estado desempenha um papel crucial na reprodução da ordem dominante por meio da produção fragmentária do espaço, refletida na distribuição desigual das infraestruturas sociais e no poder coercitivo dos atores em conflito. O objetivo é estabelecer a relação entre a espacialização da violência e a inteligibilidade do Estado, fundamental para a reprodução do poder estatal e do capital no contexto urbano. São recuperadas noções sobre categorias como violência, produção do espaço e o Estado a partir de uma perspectiva espacial. Essa revisão de literatura constrói uma base teórico-metodológica sobre a espacialização da violência, permitindo entender os mecanismos que o Estado utiliza para se tornar inteligível na cidade. A reflexão oferece uma alternativa para abordar o desdobramento espacial do Estado em sua dimensão urbana, fornecendo chaves metodológicas para entender esse fenômeno nas cidades latino-americanas, especialmente na Colômbia.

**Palavras-chave:** violência, produção do espaço, Estado, desigualdade, fragmentação territorial.

## Introducción

La comprensión del conflicto armado interno en Colombia abarca diversas perspectivas y explicaciones, reflejadas en numerosos enfoques teórico-metodológicos que, lejos de unificar una única narrativa sobre la conflictividad, han enriquecido la reflexión al identificar múltiples formas de violencia que configuran la realidad material y simbólica del país. En este contexto, la violencia urbana ha sido abordada principalmente como un fenómeno limitado a los hechos y manifestaciones que ocurren dentro de las ciudades, con escasa atención a su papel en los procesos de producción del espacio y el despliegue del Estado.

Este artículo propone que la violencia en las ciudades no es solo un subproducto de la guerra, sino también el resultado de procesos vinculados a la producción del espacio urbano y a la forma en que el Estado se ha hecho comprensible. Esta violencia se manifiesta en simplificaciones, desarrollos infraestructurales y en el poder coercitivo ejercido por los actores en conflicto (Scott, 2021). Así, la violencia urbana se entiende tanto como una causa y como una expresión de la inteligibilidad del Estado, no reducible a explicaciones simplistas o causales, sino más bien como un proceso complejo y contradictorio que moldea la espacialidad urbana.

Para abordar este fenómeno, es crucial identificar y estudiar los procesos que configuran el espacio urbano, los cuales a menudo no se reconocen como factores centrales en la generación de violencia. Se propone comprender la violencia y el espacio como estructuras que condicionan la existencia (estructuras estructurantes), reconociendo cómo la acción humana da forma y sentido a experiencias colectivas e individuales (Bourdieu, 2016). Este enfoque implica analizar cómo los contextos históricos y geográficos particulares moldean las condiciones sociales, siendo el espacio y la violencia mediaciones que resuelven las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista y al Estado.

La espacialización de la violencia, según González (2013), se entiende como un proceso de desarrollo geográficamente desigual que actúa como una estructura condicionante, perpetuando y resolviendo las contradicciones inherentes al modo de producción. En este contexto, el Estado desempeña un papel fundamental en la producción fragmentada del espacio urbano, desplegándose de manera diferencial como una estrategia de control territorial.

El estudio del Estado no se limita a concebirlo como una entidad física o un actor único, sino como un complejo entramado de dispositivos ideológicos y materiales que organizan y configuran la vida cotidiana. Desde una perspectiva crítica, el Estado se desmitifica y se presenta como un artefacto destinado a mantener la cohesión social, aunque sea de forma asimétrica (Abrams, 2015). Comprender

estas dinámicas es esencial para desentrañar la complejidad de la realidad urbana en América Latina, y particularmente en Colombia.

Por lo tanto, este artículo tiene como objetivo analizar críticamente la relación entre la espacialización de la violencia y la inteligibilidad del Estado, destacando su papel en la producción del espacio. Además, se proporcionan elementos teórico-metodológicos para el análisis de las dinámicas urbanas, especialmente en contextos latinoamericanos.

## **Hacia una interpretación materialista de la violencia y del espacio**

### **Del espacio a la producción del espacio**

Analizar la espacialidad implica comprender las continuidades y rupturas en la producción de la cotidianidad, así como reconocer las contradicciones históricas que la configuran. El espacio es una estructura social dinámica que refleja conflictos, disputas y tensiones, siendo simbólicamente representado y materialmente experimentado a partir de las trayectorias individuales de los actores (Lefebvre, 2013). Sin embargo, muchas interpretaciones tienden a simplificar el espacio como un contenedor estático de objetos y sujetos, una visión dominante que oculta las complejas relaciones sociales que lo constituyen. Estas perspectivas neutrales buscan invisibilizar la historia, la política y las relaciones que lo conforman, perpetuando patrones favorables a la producción hegemónica del espacio y negando el carácter colectivo de su construcción (Harvey, 2008).

En el marco del pensamiento marxista, la producción se presenta como una categoría central que organiza las relaciones espaciales y determina el desarrollo de las fuerzas productivas. El trabajo no solo transforma la naturaleza para satisfacer las necesidades humanas, sino que también moldea al individuo y sus relaciones socioespaciales (Marx, 2019). La apropiación de la naturaleza, en términos marxistas, define cómo se producen tanto los medios de subsistencia como las relaciones espaciales de producción.

La producción no solo reguló la vida social, sino que también impulsó el desarrollo de un aparato institucional que organizó las dinámicas sociales, intensificando la explotación del medio ambiente y profundizando la división social del trabajo (Moraes y Da Costa, 2009). Los procesos de emplazamiento vinculados con la generación de excedentes reflejan la estructura de clases, así como las transformaciones en las relaciones de trabajo, consumo y organización social, culminando en la consolidación del Estado, su despliegue coercitivo y la división territorial de la producción.

La producción, entendida como un proceso social, da lugar tanto a la “producción de la naturaleza” como a la “producción del espacio”, redefiniendo las relaciones sociales y la condición ontológica del ser humano. Esta separación entre los seres humanos y su entorno natural genera excedentes destinados al intercambio y promueve dinámicas de diferenciación basadas en clase, género y raza. La “segunda naturaleza” se refiere a la transformación del entorno natural mediante el trabajo humano, que se integra en el modo de producción capitalista, creando instituciones que garantizan la generación de excedentes y mercancías (Smith, 2020). Esta transformación abarca tanto las relaciones materiales de producción como el entramado político y jurídico que sostiene el orden social.

La creciente integración del trabajo humano en el espacio complejiza las relaciones sociales de producción y la configuración de clases, lo que conduce a la privatización y a la distribución desigual del espacio. La producción de la espacialidad implica la creación de formas y estructuras que reflejan las relaciones sociales y ponen de manifiesto las contradicciones del sistema (Lefebvre, 2013).

Con las crisis de sobreacumulación de los años sesenta, el espacio se convirtió en una mercancía esencial para la captura de plusvalías, facilitando nuevas formas de acumulación a través de la renta y fomentando la intensificación de la urbanización (Lefebvre, 1976). Esta mercantilización reconfiguró la trama urbana y transformó la vida cotidiana, propiciando la circulación de diversos capitales ficticios (Lefebvre, 2013). Como cualquier mercancía, el espacio está condicionado por su producción, lo que da lugar a formas y funciones como la segregación socioespacial, la urbanización periférica y los asentamientos informales. De este modo, refleja la estructura espacial del capital y se manifiesta en rentas diferenciales y en la distribución desigual de la institucionalidad. La lógica del capital es inherentemente espacial y requiere el control de las fuerzas productivas para su reproducción material, lo que implica no solo el dominio sobre la circulación de mercancías, sino también del propio espacio (Harvey, 2019). Esta dinámica perpetúa la fragmentación, jerarquización y diferenciación en el orden espacial.

Lefebvre (2013) propone una teoría integral para comprender la producción del espacio en el contexto capitalista, destacando tres elementos clave: las prácticas espaciales (espacio experimentado), las representaciones del espacio (espacio conceptualizado) y los espacios de representación (espacio vivido). Las prácticas espaciales abarcan las condiciones materiales que influyen en la experiencia humana y en la reproducción social. Las representaciones del espacio son los conocimientos expertos que configuran patrones espaciales, mientras que los espacios de representación constituyen construcciones colectivas que pueden desafiar las narrativas dominantes. Lefebvre (2018) señala que estos espacios están en constante disputa, siendo cruciales para resistir al orden capitalista al materializar nuevas posibilidades y rupturas en las prácticas espaciales y sus

imaginarios. Esta perspectiva metodológica demuestra que el espacio no es un contenedor neutro, sino una dimensión esencial en la configuración económica y estatal del capitalismo, así como en la gestación de alternativas colectivas.

El capitalismo no opera en un entorno homogéneo, sino en uno diverso y complejo, generando nuevas formas de diferenciación espacial para facilitar su expansión (Harvey, 2013). Estas diferencias no son meros vestigios históricos, sino componentes activos que acentúan las disparidades territoriales mediante infraestructuras que favorecen la movilidad de mercancías, personas y capital. Dichas diferencias son resultado de la división capitalista del trabajo, creando una dinámica de interconexión y diferenciación que reconfigura las herencias históricas a escala global (Brenner, 1999; Theodore *et al.*, 2009). Investigar el desarrollo geográfico desigual implica analizar cómo se han conformado centros y periferias, espacios de riqueza y pobreza, así como áreas dominantes y dominadas, a partir de las dinámicas del capital y la intervención estatal. Estas estructuras de segregación espacial son el producto de políticas que naturalizan la división internacional del trabajo, dando lugar a una desigualdad que se manifiesta en múltiples escalas (Brenner, 2017).

El capitalismo sostiene su dominio territorial mediante “ajustes espaciales” durante las crisis de sobreacumulación, extendiendo estas crisis a nuevos territorios con el fin de recuperar la tasa de ganancia, siempre manteniendo conexiones con el mercado global. Estos ajustes intensifican las contradicciones del sistema, generando nuevos escenarios socioterritoriales caracterizados por la expansión de centros de producción, el aumento de la segregación y los cambios urbanos. Esto acentúa las desigualdades entre sectores rurales y urbanos, promoviendo condiciones de explotación en las periferias y una mayor acumulación por desposesión (Harvey, 2004).

El desarrollo geográfico desigual se entiende a partir del concepto de “ajuste espacial” y la noción de escala, ambos fundamentales para comprender las relaciones socioterritoriales y las dinámicas de diferenciación socioespacial. Las escalas no solo funcionan como medios, sino también como resultados del desarrollo desigual, ya que estructuran los espacios, determinan las posiciones de los actores y condicionan las posibilidades de realización o represión, reflejando al mismo tiempo las ideologías en el espacio (Brenner, 2017). La producción del espacio implica una jerarquización de escalas en una dinámica global, lo que resulta esencial para analizar los patrones de diferenciación y articulación a nivel urbano, global y estatal (Smith, 2020).

La producción capitalista del espacio se basa en el desarrollo geográfico desigual, sustentado en dos aspectos clave: la integración de toda la estructura socioecológica en las dinámicas de acumulación capitalista y la expansión de la acumulación por desposesión. Esto abarca prácticas como la privatización, la financiarización y la manipulación de crisis (Harvey, 2021), adaptando el concepto de acumulación

primitiva de Marx a la modernidad, donde la violencia, como mediación, es esencial para perpetuar el carácter desigual de las dinámicas espaciales.

## **La violencia como fundamento del orden social**

El uso extensivo de la violencia como categoría requiere encontrar sus fundamentos analíticos en las formaciones históricas que la moldean y sustentan, así como comprender su importancia determinante en el desarrollo histórico de las sociedades y su manifestación desigual. La violencia, entendida como mediación, responde a la organización social y depende del contexto específico en el que se desarrolla, generando formas concretas según cada realidad (Chesnaïs, 1981; Clastres, 2004).

Desde esta perspectiva, Walter Benjamin (1999; 2008) destaca la importancia de reflexionar sobre la violencia como un eje rector dentro de la organización social. Según él, la crítica no debe centrarse solo en los medios, expresiones o juicios de valor, sino en la estructura social e histórica que configura y sostiene la violencia. Si únicamente se enfatiza su dimensión legítima o ilegítima y sus finalidades, se pierde de vista las complejas relaciones históricas que respaldan su ejercicio y la dominación que genera (Benjamin, 1999). Por tanto, la violencia se convierte en un fundamento de las relaciones sociales que no siempre se manifiestan de manera directa o visible, pero que subyacen en las estructuras sociales.

La violencia cumple una doble función: por un lado, tiene un carácter fundacional en la organización social y, por otro, es el mecanismo mediante el cual se mantiene dicho orden. Es la expresión de la hegemonía que perpetúa y crea desigualdades, así como distinciones de clase, género y raza (Benjamin, 1999). El aporte conceptual de Walter Benjamin transforma el paradigma clásico al destacar que la violencia es un producto histórico, resultado del poder de clase y fundamento del orden social (Lówy, 2007).

Comprender la violencia como un proceso estructurante de la realidad, debido a su carácter relacional, permite analizar las formas, estrategias y mecanismos que crea el sistema económico y el despliegue del Estado para su (re)producción. Así como Friedrich Engels (2003) discute en *La revolución de la ciencia de Eugenio Düring. Anti-Düring*, el control de la clase burguesa no se limita al ámbito político, sino que busca dominar las relaciones de producción. Engels muestra que las dinámicas económicas determinan el escenario político con el fin de maximizar la tasa de ganancia, reconociendo también el papel regulador del andamiaje político sobre las formas de producción.

La violencia se emplea para satisfacer necesidades individuales o colectivas a través de la explotación y el despojo del valor generado por el trabajo ajeno, estableciendo y perpetuando un orden social donde la dominación política sirve



como medio para alcanzar fines, no como un fin en sí misma. Está moldeada por condiciones materiales y por el acceso diferencial a los medios para su ejercicio, que incluyen tanto objetos físicos como soportes políticos, culturales y sociales (Engels, 2003).

La finalidad de la violencia no se limita únicamente a responder a ciertos intereses; por el contrario, su propósito es mantener la estructura de relaciones de poder que garantiza el acceso desigual a los medios de vida y la explotación del trabajo ajeno. Aunque el núcleo de la violencia no reside únicamente en lo político, es en este ámbito donde sus manifestaciones son más visibles y directas. Por lo tanto, es crucial profundizar en las relaciones de producción para comprender otras dimensiones de la violencia de carácter estructural y simbólico que son inherentes al sistema.

La violencia está determinada por el contexto material en el que se ejerce y por las condiciones objetivas que facilitan su realización. Estas condiciones son principalmente de naturaleza económica, pero se sustentan en un entramado político, cultural y social. La violencia es una condición necesaria para la reproducción del capital, ya que dentro de las relaciones sociales de producción se encuentran las estructuras que generan precariedad, pobreza y marginalidad socioespacial (Sánchez Vázquez, 2018).

Pensar en la violencia desde una perspectiva materialista permite identificar las contradicciones y cómo estas se manifiestan en las fuerzas productivas y en las relaciones sociales (Marx, 2019). La violencia no es simplemente una fuerza en sí misma, sino el uso de la fuerza por parte de la especie humana, lo que refleja cómo diversos actores sociales obtienen beneficios económicos a través de su ejercicio sobre los demás (Vargas, 1998). Así, la violencia no solo configura el orden social mediante el uso material de la fuerza, sino que también contribuye a la construcción de representaciones que legitiman las relaciones de subordinación.

La violencia es un determinante central de las relaciones sociales, presente en todos los ámbitos de la organización política, desde los regímenes más conservadores y dictatoriales hasta los aparentemente más democráticos y liberales (Žižek, 2009). La persistencia de la violencia como estructurante de la vida social moderna refleja el dominio del sistema económico y la configuración de la estatalidad en todos los aspectos de la vida individual y colectiva. Para comprender completamente las implicaciones de la violencia en el capitalismo, es necesario no solo reconocer la violencia subjetiva o directa, sino también la violencia estructural y simbólica como andamiajes imprescindibles del desarrollo del capital (Žižek, 2009; 2011).

## **Espacialización de la violencia y su rol en la construcción del Estado**

### **Sobre la inteligibilidad del Estado**

El Estado no es simplemente una entidad neutral, sino un complejo aparato que organiza y estructura la realidad material e ideológica a través de dispositivos institucionales y representaciones (Mitchell, 2015). Se sostiene mediante prácticas institucionales materiales (estado-sistema) y construcciones simbólicas (estado-idea) que naturalizan su funcionamiento y perpetúan narrativas funcionales para su reproducción (Abrams, 2015).

Desde una perspectiva weberiana del monopolio legítimo de la violencia, el Estado puede parecer separado de la sociedad, pero es, en realidad, un producto de relaciones contradictorias y tensiones que moldean el orden político y económico. No debe entenderse como una estructura estática y real, sino como un efecto estructural de prácticas que aparentan su existencia metafísica, estrechamente vinculado con lo político y lo social (Mitchell, 2015).

El Estado personifica la ideología que legitima el control sobre la población bajo el pretexto de intereses comunes, ocultando las relaciones de poder y sujeción detrás de una apariencia de autonomía e integración. No es simplemente una entidad institucional, sino una práctica social que perpetúa la estructura de clases y legitima prácticas cuestionables, como la corrupción, la explotación de bienes y el uso de la fuerza (Abrams, 2015).

Aunque el Estado pueda percibirse como una ilusión tras un velo de unidad y cohesión, se materializa empíricamente en un territorio donde se manifiestan las contradicciones que lo constituyen. Estudiar su manifestación implica analizar cómo las representaciones y prácticas estatales se entrelazan espacialmente, reflejando su carácter translocal. Es posible argumentar que las instituciones locales son cruciales en la configuración espacial de la estatalidad y en la construcción de imaginarios que sustentan la infraestructura funcional del mito del Estado-nación y el desarrollo de la identidad nacional (Gupta, 2015; Serje, 2013).

Entender la estatalidad como una estructura imaginada implica desafiar las nociones que la cosifican como unitaria y estática, optando por un enfoque descentralizado y desagregado que permita examinar su accionar multiescalar y la presencia translocal de sus instituciones. Este enfoque también subraya la importancia de la cultura pública en la construcción discursiva del Estado, articulando diversas trayectorias históricas y contextuales que otorgan significado a cada configuración estatal (Castro-Gómez, 2015). Así, es esencial analizar las prácticas cotidianas que

construyen la dimensión ideológica y social del Estado, contribuyendo a la comprensión de conceptos como frontera, alteridad, violencia, nación y ciudadanía.

James Scott (2021) añade que la capacidad del Estado para recolectar información y simplificar la vida cotidiana es fundamental, logrando este objetivo mediante la estandarización de la moneda, el lenguaje y los registros catastrales, entre otros ejemplos. Estas simplificaciones, aunque hacen que el Estado sea legible, crean mapas abstractos que reflejan relaciones de poder específicas y moldean lo social. En su obra más amplia, Scott (2018) explora cómo la inteligibilidad del Estado se evalúa a través de procesos como el establecimiento del orden administrativo, la influencia del alto modernismo basado en el conocimiento científico, y la coerción estatal para proyectos urbanísticos, caracterizando así formas de colonialismo tardío.

El Estado basa su capacidad de acción en herramientas de medición que, aunque son fundamentales para sus proyectos, también reflejan intereses y condiciones locales. Cada acto de medición no solo organiza el espacio y la vida social, sino que reafirma el poder estatal sobre el territorio. En el caso colombiano, desde mediados del siglo pasado, los gobiernos impulsaron rápidamente la planificación urbana para consolidar avances en infraestructura, integrando procesos iniciales de medición y control poblacional (Salazar, 2018). Sin embargo, la expansión de la ciudad informal, especialmente en la periferia sur, no se integró al proyecto urbano emergente, sino que fue marginada y desarrollada a través de la exclusión y la autogestión; esta autogestión resultaría luego clave para la expansión urbana del Estado (Rico, 2009; Torres, 2013).

Scott (2021) señala que el Estado moderno no se enfocó en rediseñar las ciudades antiguas, sino en mapearlas y comprender su estructura, especialmente por razones militares y logísticas. Este mapeo no solo optimizaba las rutas comerciales, sino que también permitía anticipar problemas de orden público. El urbanismo, como tecnología estatal, surgió para llenar vacíos de ininteligibilidad y clarificar la espacialidad urbana. El diseño cuadriculado de las ciudades respondía a una lógica militar que facilitaba la gestión y el control de disturbios.

Por ejemplo, las intervenciones militares y paramilitares, como la operación Orión en Medellín y Libertad Uno en Bogotá, tuvieron un profundo impacto en la vida de las comunidades, transformando radicalmente las relaciones espaciales tanto entre el Estado y las comunidades como entre estas últimas. Estos espacios, antes ilegibles para el Estado, se volvieron legibles no solo por las intervenciones (para)militares, sino también por las transformaciones urbanísticas que las siguieron (Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH], 2017; Daza, 2016; Santana, 2021).

El crecimiento informal de la ciudad plantea un desafío para la inteligibilidad estatal, ya que estos espacios no son fácilmente rediseñables. El Estado responde

con mecanismos de control y visibilidad, como patrullas y programas de policía comunitaria. El mapeo espacial otorga al Estado la capacidad de gestionar y planificar la ciudad como poder soberano, organizando la propiedad y la estética urbana para adaptarla al mercado. No obstante, este enfoque “modernizador” también perpetúa la segregación socioespacial según clase y ubicación, simplificando la ciudad para una administración más eficiente y controlada. En Bogotá, por ejemplo, la planificación urbana desde la década de 1950 buscó superar el “subdesarrollo” mediante programas gubernamentales nacionales e internacionales. Sin embargo, en lugar de articular la creciente informalidad de la ciudad, estas políticas profundizaron las brechas en el acceso al suelo urbano (Salazar, 2018).

### **Una propuesta teórico-metodológica sobre la espacialización de la violencia**

Se propone un enfoque alternativo para analizar la violencia en relación con el régimen de acumulación y la producción del espacio, aspectos fundamentales para la inteligibilidad del Estado en su dimensión urbana. Este marco epistemológico busca abordar los vacíos en los análisis espaciales de la violencia, que suelen enfocarse en sus manifestaciones visibles. Se sugiere examinar las formas, funciones y estructuras resultantes de la espacialización de la violencia, destacando cómo estas contribuyen a reproducir el orden capitalista y estatal. Se argumenta que las formaciones espaciales del capital están intrínsecamente ligadas a la violencia, en una interacción dialéctica que moldea las relaciones sociales y se manifiesta espacialmente.

El análisis del espacio y la violencia se centra en entenderlos como estructuras configuradoras de las condiciones de existencia, influyendo en las experiencias cotidianas y en la materialización del mundo. Se propone que la espacialización de la violencia puede ser vista a través del concepto de *habitus*, como una matriz colectivamente construida que moldea la percepción y la realidad social. Esta perspectiva revela que la violencia no solo condiciona, sino que también es condicionada, siendo un proceso dinámico y conflictivo que fragmenta y articula simultáneamente (González, 2017, 2018).

Abordar la violencia en su dimensión espacial no solo como expresión o condición, sino como un proceso complejo y dialéctico, permite entenderla como una estructura que configura la vida cotidiana, reflejando y reproduciendo las condiciones del orden dominante. Esta espacialización, históricamente configurada, legitima y perpetúa las condiciones objetivas del sistema, determinando prácticas sociales y espaciales que significan la realidad.

La violencia estructural genera manifestaciones espaciales que reflejan su carácter heterogéneo y diferencial, concretando la lógica del capitalismo y reproduciendo

do las contradicciones necesarias para mantener las dinámicas de acumulación y concentración. El espacio, como producto y productor del sistema capitalista, actúa como medio para la producción de dinámicas territoriales, engendrando relaciones diferenciadas y de dominación al ser despojado e incorporado en procesos de mercantilización y valorización desigual.

Como estructura que moldea lo simbólico y lo material, la espacialización de la violencia configura la vida cotidiana según las relaciones de mercado y del Estado, facilitando la acumulación de capital y naturalizando la fragmentación del espacio a través de la violencia. Este proceso no solo es una expresión o un medio, sino una condición que posibilita la reproducción del sistema. En este contexto, las dinámicas de valorización económica absorben la trama socioecológica de la vida, promoviendo formas, funciones y estructuras que aseguran el despojo, la acumulación y la reproducción capitalista de la vida.

La valorización económica se refleja directamente en la producción del espacio, fragmentando las formaciones sociales y los lazos de solidaridad en beneficio privado (Alessandri *et al.*, 2012). La renta se convierte en el principal mecanismo de control espacial y concentración de las plusvalías urbanas, limitando el acceso al espacio a una pequeña porción de la población. La privatización del espacio urbano intensifica la concentración de la riqueza mediante procesos de despojo, promoviendo la narrativa de la propiedad privada como la única forma de habitar y acceder al espacio (Moraes y Da Costa, 2009).

La espacialización de la violencia surge como resultado del desarrollo geográfico desigual, alienando el espacio de su condición colectiva e insertándolo en dinámicas de privatización y mercantilización en beneficio privado. Aunque el acceso al espacio es producto del trabajo colectivo, su distribución desigual amplía las brechas sociales y profundiza la segregación socioespacial. Este proceso no es simplemente un resultado, sino una estructura-estructurante que resuelve la contradicción entre el capital y el trabajo en favor del primero, alienando y limitando la capacidad creativa humana para favorecer la acumulación (González, 2013). La espacialización de la violencia se manifiesta en configuraciones fragmentadas y diferenciadas del espacio, que son esenciales para hacer inteligible al Estado. Estas manifestaciones incluyen prácticas como el despojo, la mercantilización del espacio, el establecimiento de fronteras y los discursos hegemónicos que dominan las representaciones sobre la espacialidad.

La figura 1 representa la relación entre la violencia y el espacio desde una perspectiva dialéctica. En la parte superior de la figura se abordan las diversas dimensiones de la violencia: estructural, simbólica y directa, junto con ejemplos característicos de cada una y los ámbitos en los que se manifiestan. Para profundizar en este tema, es recomendable consultar los trabajos de Balibar (1997), González (2018), Wieviorka

(2018) y Žižek (2009). En la parte inferior de la figura se sintetizan los conceptos de Lefebvre (2013) sobre la producción capitalista del espacio, destacando elementos como las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y el espacio vivido. También se ilustran las estructuras y las formas-funciones que configuran la producción capitalista del espacio, como la segregación socioespacial y la desigualdad en el acceso urbano. En el centro de la figura se intersectan estas dos dimensiones, señalando los ejes de la espacialización de la violencia dentro del marco de la inteligibilidad del Estado. Se destacan las simplificaciones urbanas del Estado, los desarrollos infraestructurales, el poder coercitivo del Estado en su despliegue territorial, así como los procesos de resistencia y los discursos que los sustentan.

**Figura 1.** Esquematación sobre la espacialización de la violencia



Fuente: elaboración propia, a partir de González (2013, 2018).

Este esquema facilita la comprensión de cómo la violencia estructura el espacio y cómo el espacio, a su vez, refleja y perpetúa las dinámicas violentas en la sociedad contemporánea. El primer eje describe las condiciones históricas y geográficas que han configurado el espacio, gestionadas por el Estado, enfocándose en cómo el proceso histórico-geográfico determina las formas y representaciones del espa-

cio, revelando las estructuras que sostienen su producción. Se analiza cómo las formaciones previas al capitalismo y la estatalidad, junto con las violencias que las respaldaron, han influido en la configuración actual del espacio.

El segundo eje aborda la valorización diferenciada del espacio y el desarrollo de la infraestructura, destacando los procesos de mercantilización y la subordinación al mercado. Se explora cómo el Estado desarrolla infraestructuras que fragmentan y articulan la espacialidad urbana, creando una escasez artificial que jerarquiza el acceso al espacio. Esto conduce a una diferenciación y desigualdad en el acceso, manifestándose en privatización, segregación social y precariedad socioespacial.

El tercer eje de la espacialización de la violencia se manifiesta como resultado de eventos históricos, realizaciones materiales y un conjunto de representaciones e imaginarios que sustentan estos procesos. El espacio abstracto generado por el sistema capitalista ha alienado la espacialidad de su contexto histórico y su carácter social, estableciendo una lógica espacial que, a través de ciertos discursos y narrativas, homogeneiza la realidad espacial y suprime cualquier forma de resistencia. Este espacio represivo se relaciona con la noción de *unidimensionalidad* de Marcuse (2021), que representa la máxima expresión de la alienación capitalista, reproduciendo la dominación mediante discursos, valores e imaginarios. La hegemonía capitalista requiere configurar un espacio instrumental que perpetúe la lógica de la acumulación y las relaciones de subordinación, apoyándose en imaginarios y representaciones que materializan la espacialidad hegemónica.

Aunque no se busca concentrarse en las manifestaciones de la violencia directa, es inevitable referirse a ellas al estudiar la violencia estructural y su espacialización. Se pretende establecer una relación entre estas expresiones y su papel como condiciones y medios para la espacialización de la violencia, en el contexto del despliegue del Estado. Según Lefebvre (2013), el espacio, como producto social, dinámico e histórico, articula, produce y reproduce un sistema de violencias de carácter directo que da sentido a la formación estatal.

Los elementos anteriores se articulan de manera dialéctica para mostrar cómo los mecanismos y expresiones de la violencia se convierten en condiciones para mantener y reproducir el orden espacial y estatal. Al estudiar la espacialización de la violencia como un proceso histórico que ha moldeado la expresión neoliberal del capital, se reconocen las formaciones históricas que la precedieron. Esto implica reflexionar sobre cómo la ciudad se fragmenta como producto histórico del capital, generando formas espaciales caracterizadas por la desigualdad urbana y la desarticulación de las interacciones. Hasta el punto de que dichas dinámicas contribuyen a la desaparición de barrios y espacios de socialización (Sarmiento, 2017).

La espacialización de la violencia se entiende como un desarrollo geográfico desigual que fragmenta el espacio urbano, creando estructuras que perpetúan la diferenciación y la precarización de la vida. El despliegue territorial del capital y el desarrollo histórico del Estado han configurado una urbanización marcada por la fragmentación territorial y la segregación espacial. Esta forma de espacialización se manifiesta en la urbanización, los asentamientos informales y la infraestructura urbana, implicando la fragmentación del entramado social y económico, así como rentas diferenciales y distribución desigual de la institucionalidad. Estos procesos son gestionados por una forma particular de estatalidad que organiza el espacio urbano mediante mecanismos que simplifican y administran la fragmentación espacial. A su vez, permiten la articulación diferenciada de procesos colectivos de resistencia, como los autogestionados por el Movimiento 19 de Abril entre 1974 y 1990, que posteriormente fueron incorporados por el Estado en su despliegue territorial urbano (Medellín, 2018).

## **Reflexión. La ciudad en la guerra o la guerra en medio de la ciudad**

En las investigaciones geográficas sobre la relación entre espacio y violencia, la ciudad suele ser el foco de análisis debido a sus transformaciones socioterritoriales significativas y a las contradicciones del modo de producción que propician la violencia. Este enfoque ha llevado a identificar actos violentos sin considerar las condiciones estructurales que los generan, lo que estigmatiza barrios y vincula la violencia a variables sociodemográficas como la raza y el estrato socioeconómico, reforzando estereotipos y afectando las políticas públicas (Caldeira, 2007). Además, al patologizar sectores urbanos, se promueven narrativas de miedo y crimen que justifican políticas segregacionistas y dispositivos policiales, exacerbando la desigualdad y ocultando el carácter conflictivo de la ciudad, el cual es necesario para entender la socialización urbana (Franco, 2003; 2004). Estos enfoques omiten las relaciones y contradicciones inherentes a la espacialidad urbana, así como el papel productivo de la violencia en la reproducción social bajo el capitalismo y la racionalidad estatal.

La reflexión sobre la geografía urbana y la violencia ha evolucionado en cinco enfoques principales (González, 2020). Estos enfoques van desde el análisis estadístico exhaustivo del crimen hasta interpretaciones radicales que enfatizan las dinámicas de clase. En el contexto colombiano, la violencia urbana se ha transformado en un fenómeno central, especialmente con la influencia del conflicto armado en los centros urbanos. Este enfoque sugiere que la violencia no solo afecta los espacios urbanos, sino que también influye en su producción y gestión, manifestando así una compleja relación entre la ciudad (espacio) y la guerra (violencia) (Schachter, 2015).



La violencia urbana no se percibe simplemente como un fenómeno externo que afecta a la ciudad, sino como un factor fundamental en la estructuración y producción del espacio urbano. Esta violencia adopta diversas formas excluyentes que moldean el acceso a la ciudadanía, las formas de vida y la interacción social mediante violencias simbólicas y sistémicas. La ciudad, como escenario político, se vuelve cada vez más compleja y tensa, transformando las tradicionales manifestaciones verticales del poder en nuevas formas más difusas que permeabilizan la cotidianidad urbana. Además, la ciudad no solo es el lugar donde ocurre la violencia, sino que también la produce activamente a través de sus dinámicas materiales y simbólicas, influyendo en las relaciones de producción y reproducción social.

La fragmentación del espacio urbano, en el contexto del capitalismo moderno y el Estado neoliberal, ha reestructurado profundamente la trama urbana, enfatizando la exclusión económica, social y política. En la ciudad neoliberal, según Harvey (2013), la reproducción espacial se logra absorbiendo los excedentes de capital y generando nuevos a través de la destrucción creativa, lo que exacerba las brechas sociales, las divisiones de clase y el acceso desigual a los recursos. Este enfoque promueve mayores niveles de precarización, manifestados en el creciente empobrecimiento, la privatización de bienes públicos y el despojo socioespacial. Así, la ciudad contemporánea se configura como un archipiélago urbano fragmentado que desarticula los procesos de socialización, las solidaridades urbanas y los procesos políticos, intensificando la separación de clases y la mercantilización de la vida urbana.

Este entorno urbano, fragmentado, diferenciado y funcional al capital, se caracteriza por ser un espacio de intensos conflictos sociales que reflejan la violencia estructural. La ciudad, según Lefebvre (2017; 2018), concentra los mayores niveles de acumulación de medios de producción, fuerza de trabajo y consumo, convirtiéndose en un escenario heterogéneo donde convergen diversos procesos históricos. Es un espacio dinámico y cambiante donde se gestan luchas políticas, resistencias y transformaciones sociales, desafiando así la concepción estática y homogénea de la ciudad en relación con su desarrollo histórico.

La ciudad no es una entidad indisociable, sino un campo donde convergen procesos desiguales que reproducen la racionalidad del Estado y del capital. Según Schachter (2015), la clase hegemónica ejerce un doble poder sobre el espacio urbano mediante la concentración de la propiedad del suelo y el control sobre la forma estatal que perpetúa sus intereses. Esto se refleja en la creación de diferentes estatus de ciudadanía que condicionan la participación urbana según la capacidad de consumo, relegando a quienes no pueden participar al sector informal de la economía.

La configuración de la ciudad, como manifestación de la inteligibilidad del Estado y del capital, se apoya en una red de infraestructuras que facilitan la movilidad de mercancías, trabajo, violencia y valores, garantizando estas dinámicas de manera desigual y diferenciada. La logística, más que un simple sistema de distribución, es un proyecto que entrelaza la industria, el poder militar y la economía global, articulando aspectos “bio, necro y antipolíticos” que redefinen los marcos territoriales nacionales e internacionales (Cowen, 2014). Esta dinámica configura una estructura urbana global que erosiona y transforma los contextos tradicionales de la guerra y del poder político.

Es decir, la infraestructura en red y la arquitectura comercial permiten la interrelación entre ciudad, guerra y capital, desplegando dispositivos bio y necropolíticos que configuran los procesos de sujeción en el espacio logístico (Cowen, 2014). Esta configuración facilita la reproducción contradictoria del capital, donde la preservación de las cadenas de suministro se convierte en una responsabilidad estatal central, reforzando la razón de la logística como organizadora de la violencia a niveles nacional e internacional.

La ciudad, como una trama infraestructural, es un espacio contradictorio donde confluyen la logística estatal y el capital, facilitando la circulación global de mercancías, personas e información a través de cadenas de suministro que, histórica y discursivamente, han integrado territorios como colonias o zonas fronterizas. Este proceso ha transformado profundamente el espacio y el tiempo urbano, refundando la jurisdicción territorial del Estado y reconfigurando la geopolítica global (Cowen, 2014; 2020). Así, la ciudad no solo reorganiza los procesos de circulación y comercio, sino que también redefine las escalas del capital y contribuye a una urbanización planetaria (Lefebvre, 2018).

La ciudad, como espacio logístico del capital, no solo refleja relaciones comerciales externas, sino que también organiza la guerra a nivel local y la articulación forzada de territorios estratégicos para la reproducción económica. La formación del Estado se entrelaza estrechamente con el control de redes comerciales y la coerción militar, convergiendo en la ciudad como un espacio de explotación y dominación a diversas escalas (Tilly, 1992).

Esta ciudad de infraestructuras es también una ciudad de fronteras, tanto materiales como simbólicas, que configuran estatus de ciudadanía y acceso desigual a servicios urbanos. Diseñada para generar alienación y temor en espacios catalogados como violentos o marginales, la ciudad fragmentaria impone límites a la experiencia urbana y perpetúa la segregación social. Estos procesos afectan a toda la sociedad, no solo a las poblaciones más vulnerables, marcando una dinámica de violencia que atraviesa la espacialidad urbana.

La violencia configura una estructura espacial concreta, marcada por la fragmentación y la segregación residencial, por lo que se convierte en el paradigma de organización y producción urbana que moldea los procesos de sujeción y las fronteras que articulan la ciudad. Según Schachter (2015), cuanto más violenta sea la ciudad, mayor será su fragmentación y, por ende, la posibilidad de dominarla mediante la violencia.

En el contexto colombiano, la transformación del conflicto armado interno y los impactos de la neoliberalización y privatización plantean desafíos significativos que requieren un análisis geográfico profundo. Este análisis debe comprender cómo estos procesos han configurado materialidades y representaciones urbanas, así como marcos territoriales y procesos de sujeción funcionales al capital. Se propone un marco teórico-metodológico que articule el espacio y la violencia como mediaciones para entender las continuidades y rupturas del conflicto armado interno en Colombia, mediante un análisis histórico-material de las manifestaciones y representaciones de la inteligibilidad estatal en el contexto de las contradicciones del capitalismo.

La espacialización de la violencia, resultado y condición de las complejas relaciones entre el conflicto armado interno y las problemáticas sociales, ha transformado profundamente la naturaleza de los conflictos y la estructura espacial urbana en Colombia. Durante décadas, el conflicto armado ha actuado como un modelador de la estructura espacial, configurando la vida cotidiana y perpetuando la inequidad, la desigualdad y la precariedad socioespacial (Comisión de la Verdad, 2022).

La comprensión del conflicto armado interno debe abordar no solo su papel central como motor y manifestación material de la espacialización de la violencia, sino también las narrativas que emergen de él, especialmente en relación con la presencia o ausencia estatal. Estas narrativas no solo moldean el orden espacial urbano, sino que también facilitan la diferenciación y clasificación de identidades, espacios, trayectorias históricas y sectores sociales, contribuyendo así a mantener la explotación y la dominación. Reflexionar sobre estas violencias epistémicas en la configuración de la espacialidad nos permite entender cómo se han configurado los modos de pensar y organizar la colombianidad, influyendo directamente en la materialidad y simbolización de la vida cotidiana (Castro-Gómez, 2009, 2010).

## Conclusiones

La espacialización de la violencia en contextos urbanos revela una compleja interacción entre poder, espacio y sociedad. Este estudio demuestra cómo la ciudad se configura no solo como un escenario de violencia, sino también como un productor activo de dinámicas desiguales y fragmentadas. Bajo el capitalismo neoliberal

y en el contexto específico del conflicto armado en Colombia, la producción del espacio urbano refleja y reproduce estructuras de poder que perpetúan la segregación socioespacial y la precarización de la vida. La inteligibilidad del Estado juega un papel crucial en estas dinámicas, gestionando el espacio urbano de maneras que pueden tanto mitigar como exacerbar las condiciones de violencia estructural. Las políticas públicas, por tanto, no solo reflejan la realidad urbana, sino que también tienen el potencial de transformarla hacia formas más equitativas y justas, desafiando narrativas estigmatizadoras y promoviendo la cohesión social.

A pesar de las estructuras de poder dominantes, este estudio también destaca la resistencia y la lucha social como fuerzas transformadoras en la ciudad. Estas resistencias no solo desafían la espacialización de la violencia, sino que también abogan por alternativas que promuevan una ciudad más inclusiva y democrática. Al integrar enfoques interdisciplinarios y colaborativos, se puede avanzar hacia una comprensión más holística de cómo la violencia y el Estado configuran el espacio urbano contemporáneo. Esto permitirá desarrollar estrategias más efectivas para abordar las raíces profundas de la desigualdad urbana y la violencia, fomentando entornos que prioricen la justicia social y la coexistencia pacífica.

## Referencias

- Abrams, P. (2015). Notas sobre la dificultad de estudiar al Estado. En P. Abrams, A. Gupta y T. Michell (eds.), *Antropología del Estado* (pp. 17-71). Fondo de Cultura Económica.
- Alessandri, A. F., Souza, M. J. L., Marcelo J. L. y Beltrão, M. E. (2012). *A produção do espaço urbano: agentes e processos, escalas e desafios*. Contexto.
- Balibar, É. (1997). *Violencias, identidad y civilidad. Para una cultura política global*. Gedisa.
- Benjamin, W. (1999). *Para una crítica de la violencia*. Leviatán.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Bourdieu, P. (2016). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Brenner, N. (1999). Beyond state-centrism? Space, territoriality, and geographical scale in globalization studies. *Theory and Society*, 28(1), 39-78. <https://www.jstor.org/stable/3108505>

- Brenner, N. (2017). *Neil Brenner. Teoría crítica urbana y políticas de escala* (Á. Sevilla, ed.). Icaria.
- Caldeira, T. (2007). *Ciudad de muros*. Gedisa.
- Castro-Gómez, S. (2009). *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Pensar-Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2010). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2015). *Historia de la gubernamentalidad. Razón del Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Siglo del Hombre Editores.
- Chesnaïs, J. C. (1981). *Histoire de la violence (en Occident de 1800 à nos jours)*. R. Laffond.
- Clastres, P. (2004). *Arqueología de la violencia. La guerra en las sociedades primitivas*. Fondo de Cultura Económica.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Medellín: memorias de una guerra urbana*. CNMH.
- Comisión de la Verdad. (2022). *Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Colombia adentro. Relatos territoriales sobre el conflicto armado. Dinámicas urbanas de la guerra (tomo 11, vol. 13)*. Comisión de la Verdad.
- Cowen, D. (2014). *The Deadly Life of Logistics. Mapping violence in global trade*. The University of Minnesota Press.
- Cowen, D. (2020). Following the infrastructures of empire: notes on cities, settler colonialism, and method. *Urban Geography*, 41(4), 469-486. <https://doi.org/10.1080/02723638.2019.1677990>
- Daza, A. (2016). *Guerrilleros en la ciudad y guerrilla urbana: el proyecto insurgente y Medellín*. CNMH.
- Engels, F. (2003). *La revolución de la ciencia de Eugenio Düring. Anti-Düring*. Edi-

- ciones Bandera Roja. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/anti-duhring/>
- Franco, V. L. (2003). Violencias, conflictos urbanos y guerra civil: el caso de la ciudad de Medellín en la década de los noventa. En *Violencias y conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas* (pp. 59-110). Instituto Popular de Capacitación.
- Franco, V. L. (2004). *Conflicto urbano: marco teórico-conceptual y herramientas metodológicas para su descripción analítica*. Instituto Popular de Capacitación.
- González, F. (2013). *Espacio y violencia: una mirada a través de la Ciudad de México* [tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio de la Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información. <https://repositorio.unam.mx/contenidos/74728>
- González, F. (2017). Pensar la violencia: espacios homogéneos vacíos. En D. Herrera, F. González, y F. Saracho (eds.), *Apuntes teórico-metodológicos para el análisis de la espacialidad: aproximaciones a la dominación y la violencia. Una perspectiva multidisciplinaria* (pp. 43-70). Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.
- González, F. (2018). *Geografía y Violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia estructural*. Monosílabo.
- González, F. (2020). El desarrollo espacial desigual como herramienta teórica-metodológica. En D. Herrera (coord.), *Geopolítica. Espacio, poder y resistencias en el siglo XXI* (pp. 43-64). Trama Editorial, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gupta, A. (2015). Frontera borrosas: el discurso de la corrupción, la cultura de la política y el estado imaginado. En P. Abrams, A. Gupta y T. Michell (eds.), *Antropología del Estado* (pp. 72-145). Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.
- Harvey, D. (2008). *París, capital de la modernidad*. Akal.

- Harvey, D. (2013). *Os limites do capital*. Boatempo.
- Harvey, D. (2019). *David Harvey. La lógica geográfica del capitalismo* (N. Benach y A. Albert, eds). Icaria.
- Harvey, D. (2021). *Espacios del capitalismo global. Hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. Akal.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política*. Ediciones Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Lefebvre, H. (2017). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing.
- Lefebvre, H. (2018). *La revolución urbana*. Alianza Editorial.
- Lówy, M. (2007). *Walter Benjamin: Aviso de incêndio. Uma leitura das teses "Sobre o conceito da história"*. Fondo de Cultura Económica.
- Marcuse, H. (2021). *El hombre unidimensional*. Austral.
- Marx, K. (2019). *El capital: crítica de la economía política*. Fondo de Cultura Económica.
- Medellín, I. (2018). *La gente del sancocho nacional: experiencias de la militancia barrial del M-19 en Bogotá (1974-1990)*. Editorial Universidad del Rosario.
- Mitchell, T. (2015). Sociedad, economía y el efecto del estado. En P. Abrams, A. Gupta y T. Michell (eds.), *Antropología del Estado* (pp. 146–185). Fondo de Cultura Económica.
- Moraes, A. C. y Da Costa, W. M. (2009). *Geografía crítica: la valorización del espacio*. Ítaca.
- Rico, L. (2009). *Ciudad informal*. Editorial Universidad de los Andes.
- Salazar, J. (2018). *Construir la ciudad moderna: superar el subdesarrollo. Enfoques de la planeación urbana en Bogotá (1950-2010)*. Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez Vázquez, A. (2018). *Filosofía de la praxis*. Siglo Veintiuno Editores.
- Santana, L. (2021). ¡Manos sobre la ciudad! Hacia nuevas geopolíticas de la

- producción de ambiente construido en Medellín. *Revista Internacional de Geografías Críticas*, 20(1), 34-57. <https://doi.org/10.14288/acme.v20i1.2043>
- Sarmiento, S. (2017). *Santa Bárbara, el barrio que no soportó las tempestades. Recuperación de una historia disidente en el proceso de construcción del relato histórico de Bogotá entre 1980 y 1983*. Editorial Universidad del Rosario.
- Schachter, S. (2015). Violencia y degradación urbana. *Movimento. Revista de Educação*, 3, 75-96. <https://periodicos.uff.br/revistamovimento/article/view/32561>
- Scott, J. (2018). *Against the Grain: A Deep History of the Earliest States*. Yale University Press.
- Scott, J. (2021). *Lo que ve el Estado. Cómo ciertos esquemas para mejorar la condición humana han fracasado*. Fondo de Cultura Económica.
- Serje, M. (2013). El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las “zonas de frontera” en Colombia. *Cahiers des Amériques latines*, 71, 95-117. <http://cal.revues.org/2679>
- Smith, N. (2020). *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio*. Traficante de Sueños.
- Theodore, N., Peck, J. y Brenner, N. (2009). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. *Temas Sociales*, 66, 1-12. [http://barcelonacomuns.pbworks.com/w/file/attach/64059073/2009\\_Urbanismo\\_neoliberal\\_brenner-peck-.pdf](http://barcelonacomuns.pbworks.com/w/file/attach/64059073/2009_Urbanismo_neoliberal_brenner-peck-.pdf)
- Tilly, C. (1992). *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Alianza.
- Torres, A. (2013). *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977*. Universidad Piloto de Colombia.
- Vargas, G. (1998). El papel de la violencia (Marx, Engels y el marxismo). En A. Sánchez Vázquez (ed.), *El mundo de la violencia* (pp. 327-340). Fondo de Cultura Económica.



Wieviorka, M. (2018). *La violencia*. Prometeo Libros.

Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós.

Žižek, S. (2011). *Virtud y terror. Slavoj Žižek presenta a Robespierre*. Akal.